

tambien en la parte no consumida de un objeto incorporado en él; es decir, que una operacion verificada sobre los restos de sus alimentos, viene á ser una operacion realizada sobre los alimentos que ha tomado, y por consiguiente sobre su misma persona. Hay más todavía; se establece algo de comun entre los que comen partes diferentes de un mismo alimento. Este es el origen de las creencias del género de las que Bastian atribuye á ciertos negros que piensan «que comiendo y bebiendo alimentos sagrados, comen y beben el mismo dios,» un dios que es un antepasado y que ha tomado su parte de alimento. Entre ciertos salvajes existen ceremonias que descansan sobre este concepto, por ejemplo la de la eleccion de un Totem. Entre los Indios Mosquitos, «la manera empleada para obtener ese guardian, consistia en ir á algun lugar retirado para ofrecer un sacrificio: un animal salvaje ó una ave comparecia en seguida en sueños ó en realidad al suplicante, quien se comprometia en una alianza por la vida, sacándose sangre de diversas partes del cuerpo.» El animal elegido bebe esa sangre, testimonio de la alianza, y la vida del animal «se une de una manera tal con la del Mosquito, que la muerte del uno entraña la del otro (1).» Obsérvese ahora que en las mismas regiones esta idea desaparecia bajo la forma de una práctica religiosa. Sahagun y Herrera hablan de una ceremonia que llaman «comer el dios.» Mendieta, que describió esta ceremonia, dice que los indios «tenian tambien una especie de eucaristía.» Fabricaban pequeños ídolos con ciertos cereales, y se los comian como si fueran cuerpos de sus dioses, ó en memoria de ellos. Como para formar la pasta se empleaba la sangre de un niño que se sacrificaba al efecto, y sus dioses eran caníbales, como Huitzilopochtli, á cuyo culto pertenecia este rito, y era el dios al cual se sacrificaban más víctimas humanas, claro está que el objeto que se proponian era el de lograr una comunión con el dios tomando el mismo alimento que él. De manera que el uso que entre ciertos pueblos americanos de la misma familia, era un rito fúnebre por medio del cual los sobrevivientes buscaban inspirarse en las virtudes del muerto y ligarse al dios, se transforma entre los pueblos más civilizados en una práctica en cuyo fondo estaba la idea de inspiracion por un dios y de fidelidad al mismo.

(1) Aquí tenemos una clave para interpretar las diversas ceremonias extrañas de las cuales se sirven los hombres para atacarse mutuamente. «Beber la sangre uno del otro, escribe Michelet en los *Orígenes del derecho francés*, era por decirlo así convertirse en una misma carne. Este signo tan expresivo se halla entre un gran número de pueblos.» Y el autor cita hechos acaecidos en diversos pueblos antiguos; pero como vemos, este uso no era primitivamente un símbolo (un uso no *en pie* por ser un símbolo); pero sí era el resultado de la creencia que se establecía con ella una comunidad de naturaleza que daba poder para obrar uno sobre otro. Es evidente que el uso de cambiar los nombres entre salvajes, proviene de una creencia del mismo orden.

Acabamos de ver como numerosos hechos, y de distinta clase, justifican lo que hemos dicho al acabar el capítulo anterior. Hemos indicado que las almas de los muertos, que los salvajes se representaban en cuanto era posible como agentes bienhechores, pero sobre todo como causas del mal, podian ser objeto de diferentes consideraciones; que se les podia engañar, resistir, expulsar ó tratar de manera que probablemente se podria asegurar su buena voluntad ó apaciguar su cólera. Hemos dicho que todas las prácticas religiosas procedian de este último método. Así lo hemos visto y demostrado.

El lugar sagrado primitivo es aquel en que están los muertos y que pueden frecuentar los espíritus; la caverna, la casa, la construccion que ocupa el muerto, viene á ser la cámara ó el templo sagrado. El lugar donde se depositan las ofrendas viene á ser el soporte sagrado de las mismas, el altar. Los alimentos, las bebidas y todo cuanto se deposita para el muerto sobre su tumba, vienen á ser los sacrificios y las libaciones para los dioses; por otra parte, las víctimas inmoladas, las ofrendas de sangre, las mutilaciones, el sacrificio de la cabellera, uso primitivo, sobre las tumbas, se transforman despues ante los ídolos en signos de fidelidad á los dioses. El ayuno, rito fúnebre, pasa al estado de rito religioso; el uso de los lamentos se encuentra tambien bajo las dos formas. Las glorias de los muertos cantadas en los funerales y luego en otras ocasiones especialmente en ciertos días de fiesta, se transforman en alabanzas que forman parte del culto religioso; las peticiones de socorros que los sacerdotes dirigen á los muertos, las bendiciones, vienen á ser ruegos dirigidos á los dioses para obtener las mismas gracias. Se obtiene igualmente por medio de sacrificios especiales el favor de los espíritus de los antepasados que se reputan como causantes de enfermedades, y el de los dioses que envian epidemias: los motivos que se atribuyen á los espíritus y á los dioses son de la misma clase, y la manera de acudir á estos motivos es la misma. En todos los detalles se encuentra igual paralelismo. La vigilancia de la conducta de los vivos está confiada tanto á los espíritus como á los dioses; tanto á los unos como á los otros se les promete tener buena conducta; se hace penitencia ante ambos. Se da cumplimiento en ciertos casos á los encargos dejados por los muertos, de la misma manera que se cumplen las órdenes divinas. Se encienden luces lo mismo en las cámaras sepulcrales que en los templos. Algunas veces los lugares que sirven de sepultura se utilizan como refugio de la misma manera que los templos. Se guarda en secreto lo mismo el nombre del muerto que el de los dioses. Hácense indistintamente peregrinaciones á las tumbas de los parientes que á las de personas reputadas como divinas. En América, en fin, los pueblos poco ci-



vilizados procuran unir el vivo y el muerto por un método que hace participar al primero de las cualidades del segundo. Una raza americana más civilizada ha procurado por medio de un método análogo unir el hombre á la divinidad, mediante una ceremonia análoga que establece entre ellos cierta comunidad de naturaleza.

¿Han podido originarse de otra suerte que por medio de un génesis comun semejanzas tan numerosas y variadas? Supongamos que los dos grupos de hechos no tienen relacion alguna entre sí; supongamos que los hombres primitivos tienen conciencia, como algunos lo suponen, de un poder universal, del cual proceden todas las cosas y hasta ellos mismos. ¿Es probable que cumplen respecto á este poder un acto semejante al que cumplirían para con el cadáver de uno de sus hermanos salvajes? Si esto no es probable, ¿lo será que cumplan dos, cuatro ó el número que se quiera? Si no existe entre los dos órdenes de ritos la relacion de causa á efecto, es indisputable que esta correspondencia no existirá.

Además, si las dos series de ritos tienen un origen comun, podemos observar por qué razon existen á un tiempo bajo las mismas formas sin otra diferencia que una elaboracion más ó ménos grande. Pero sin esto, ¿cómo hubiera podido ser que las dos series de ritos hubiesen sido ó sean simultáneamente observados de una manera tan parecida? En Egipto, en los funerales, y más tarde sobre las tumbas, se cantaban alabanzas á los muertos y se les ofrecían sacrificios de la misma manera que á los dioses. Cada día en Méjico se hacían ofrendas fúnebres de alimentos y bebidas; se degollaban servidores; se ofrecían flores de la misma manera que en las prácticas de igual clase en honor de los dioses. Los Peruanos derramaban sangre humana sobre los sepulcros y la ofrecían á los ídolos; sacrificaban víctimas en homenaje del jefe muerto y en el de los dioses; se cortaban sus cabellos en honor del muerto y los ofrecían al Sol: alababan y rogaban ante los cadáveres embalsamados como lo harían con sus divinidades; lo mismo se postraban ante unos que ante otros. Si entre el padre considerado como antepasado y el padre considerado como divinidad, no hay nada que sirva de lazo, esta comunidad de prácticas es inexplicable.

Y no es esto todo. Si los ritos religiosos no derivasen de los ritos fúnebres, ¿habría manera de comprender el origen de ceremonias en apariencia tan absurdas? ¿Cómo han podido creer los hombres, como creen los Mejicanos, que una taza llena de sangre humana puede ser agradable al Sol, ó que el Sol experimente gusto con el humo de los inciensos como creían los Egipcios? ¿Cómo puede uno imaginarse que los Peruanos hayan creído que podían hacerse acree-

dores al favor del Sol, soplando en direccion al mismo los pelos arrancados de las cejas, ó que podían aplacar su cólera verificando la misma operacion con direccion al mar? ¿De dónde procede una idea tan rara como la de los Santals que adoran «la gran montaña y sacrifican en honor de la misma bestias, flores y frutos? ¿Cómo se comprende que un pueblo de la antigüedad creyese que rogaba al creador del mundo depositando sobre un altar pan, vino é incienso, mientras que otro pueblo vecino y de la misma época depositaba sobre los altares cuerpos embalsamados? No se puede admitir en modo alguno la hipótesis de que el hombre primitivo obre de una manera gratuita é irracional. Pero si estos ritos religiosos, tan irracionales al parecer, provienen de los ritos fúnebres, ya no podemos sorprendernos de tales absurdos.

Tenemos, pues, numerosos testimonios que convergen todos á un foco comun y que son suficientes por sí solos para disipar las dudas que puedan levantarse referente al génesis natural de las prácticas religiosas. Púedese observar por diferentes partes la transformacion evolutiva de los ritos fúnebres en culto de los muertos, y al fin en cultos religiosos, y esto se comprende claramente. Esto veremos todavía más claro examinando otros hechos bajo otros puntos de vista.

